

2 1.
RAMÓN LISTA

EXPLORACIONES ANTIGUAS

EN LA

PATAGONIA

CONFERENCIA DADA EN LA SOCIEDAD CIENTÍFICA ARGENTINA

EN JUNIO DE 1896

Artículo publicado en los «Anales de la Sociedad Científica Argentina», tomo XLII, páginas 434 y siguientes



81.458

52.814

BUENOS AIRES

IMPRENTA DE PABLO E. CONI É HIJOS

680 — CALLE PERÚ — 680

1896

EXPLORACIONES ANTIGUAS EN LA PATAGONIA

I

Señores :

Hay ciencias tan antiguas como las primeras sociedades humanas. Las hay también que fluyen de la edad media y otras más modernas que han nacido en los albores de este siglo.

Herodoto nos ha dejado una página comprensible de lo que fué la medicina especialista entre los Egipcios. La astronomía tuvo sus cultivadores en los tiempos remotísimos de Zoroastro, y los ignorados geómetras de las riberas del Nilo supieron orientar las pirámides que aún están de pie en tanto que centenares de pueblos y razas han desaparecido de la superficie de la tierra, dejando aquí y allá el sedimento de su espíritu, sedimento fecundado con lágrimas y sangre que alimenta las raíces de las civilizaciones modernas.

Los Fenicios, grandes navegantes, si los hubo, tal vez conocieron el uso de la aguja de marear y la forma aproximada del planeta.

La física data desde Arquímedes; la historia natural se liga en sus orígenes con los nombres de Aristóteles y Plino el mayor; las matemáticas brillan entre los Árabes que fueron los primeros alquimistas y los primeros químicos.

Sólo las ciencias sociales son modernas, porque han nacido de la dolorosa experiencia de los pueblos al través del tiempo y de

climas distintos. Sólo la geografía metódica, universal, es de este siglo.

Las ciencias médicas tienen sus historiadores y los tienen la astronomía, y la física, y la química.

Carus ha escrito la historia de la zoología. Las matemáticas tienen su cronista : el sabio Marie.

Pero, ¿dónde está el balance cronológico y metódico de la geografía? Malte-Brun, Vivien de Saint-Martin y Reclus han pretendido hacerlo, pero sus escritos apenas si han rodeado el tema. ¡Es tan difícil la tarea!

Esto se comprende, y por otra parte, la tierra se está explorando todavía. Hasta ayer no más el Africa era un misterio; La China vivía encerrada tras de sus murallas. El Thibet, Persia, Siberia, Groenlandia eran esfinges para la ciencia.

La América es el Benjamín de la historia. Puede decirse que recién acaba de surgir ante los ojos de la Europa, y no obstante, de sus tierras baldías sólo quedan algunos miles de leguas cuadradas totalmente desconocidas : quince ó veinte mil en el Brasil amazónico, cuatro ó cinco mil en el Chaco y otro tantas en la Patagonia.

Larga sería la lista de los exploradores europeos y nativos que han cruzado la Argentina en todas direcciones, siguiendo el curso de los ríos, atravesando montañas y valles, y bosques vírgenes, y lagos.

Pero busquemos de darnos cuenta de la obra realizada; inténtese por un momento establecer los lineamientos y cronología de los hechos á la luz de los tratados de geografía, los diccionarios, los atlas, etc. ¡Qué laberinto! Es un cúmulo de datos contradictorios, de narraciones adulteradas. Y, ¡cuántas omisiones, cuántas negligencias! De los planos no hay para qué hablar. Domina en ellos una anarquía inaudita de nombres y situaciones. ¿Y sabéis por qué? Por la falta de investigación, por la falta de estudio, de seriedad y buena fe.

La Patagonia, vosotros lo sabéis, ya ha sido explorada y descrita suficientemente como para poder formarnos de ella una idea que se acerque á la verdad; pero, ¡qué imbroglio! qué falta de criterio y de justicia en todo! Qué abuso de nombres á granel que nada significan ni en la geografía, ni en la intelectualidad argentina! Es que en esta tierra, señores, cualquiera puede y tiene la facilidad de escribir libros ó construir mapas á su antojo, sin control alguno,

poniendo ó quitando, según sus relaciones personalísimas, según la intensidad de sus pasiones.

En esto de la geografía argentina hemos tenido lógicas regimientadas que han adulterado los hechos á sabiendas, en perjuicio de los intereses científicos y hasta políticos del país.

Si el gobierno argentino se hubiera propuesto remediar estos males, fácil habría sido la tarea, pero nunca se ha querido encarar el asunto con la resolución y energía que él lo requiere. Por el contrario, se ha tenido el mal tino de fomentar los exhibicionismos y las banderías tartarinescas.

Ojalá que la Sociedad Científica hiciera suyas estas mis palabras, que si están fuera del tema no lo están de la razón y de la justa crítica. Ha llegado el día de las reparaciones geográficas, y debe darse al César lo que es del César.

II

Señores :

No voy á ocuparme de los grandes navegantes, que en distintas épocas visitaron los desiertos y lejanas costas de la Patagonia. Sólo intentaré sacar del olvido algunos nombres modestos pero meritorios, de simples soldados de fila, diré así, á quienes cupo la suerte de echar los cimientos de la geografía argentina en el sud.

Ellos fueron los precursores del explorador científico moderno, y es un acto de justicia rendirles el homenaje de admiración y respeto á que se han hecho acreedores por su valor caballeresco, por sus afanes, por su noble sangre derramada en la soledad de los valles, al borde del océano ó al pie de las altas cordilleras.

Entre esos héroes modestos y casi ignorados, se destacan dos figuras de alto relieve que entusiasman, levantando el espíritu á las puras regiones del amor á lo desconocido, del amor á la ciencia, del amor á la humanidad. El padre Mascardi es el prototipo del jesuita antiguo, que investiga todo, el mundo moral y el mundo físico; es el primer gastador de los bosques vírgenes y misteriosos y el primer ascensionista de los Andes patagónicos. Es también el noble y ardoroso misionero que busca á los gentiles, á los indios de Nahuel-Huapí, para redimirlos de la barbarie y enseñarles la palabra

elocuente y consoladora de Jesús. Para él no hay obstáculos ni peligros; su genio todo lo allana, todo lo vence su voluntad indomable. A la fe del misionero cristiano reúne el valor legendario de Cortés, de Pizarro ó de Balboa, esos sublimes aventureros que las generaciones del porvenir tal vez consideren como mitos de una época heroica de la humanidad.

Don Antonio de Viedma es un administrador inteligente, un viajero sapientísimo, un carácter templado en la lucha, que no desmaya jamás. Su conducta benévola y justiciera para con los indios Tehuelches, le honra altamente dándole título de protector — al igual de Mascardi — de las tribus autóctonas argentinas, que ya van á desaparecer, que van á morir dejando en la historia la huella melancólica de su paso.

Prescindiendo de la penosa jornada costanera del piloto Juan Serrano, en el orden cronológico, los primeros exploradores de la Patagonia fueron gallegos y castellanos, de Ciudad Real algunos y subordinados de Garcia Jofre de Loayza, que allá por los años de 1525 se dió á la vela desde San Lúcar de Barrameda, en busca del Moluco, haciendo flamear por todos los mares desconocidos el pendón acuartelado del emperador y rey de España y de las Indias...

Era el domingo 14 de enero de 1526 : clareaba el día, un día sereno y sin nubes en las altas latitudes de la *Tierra de los Patagones*, descubierta por Magallanes y descrita por *Miçer* Antonio Pigafetta, *el Lombardo*, afortunado compañero del ilustre Lusitano, cuya estatua no fundida, tendrá algún día su pedestal en la cumbre atlántica del cabo de las Vírgenes, oreada por el viento de las cumbres occidentales del Pacífico.

Las naos de Loayza, navegando lentamente al largo de la costa desierta de la Patagonia, se hallaron de improviso sobre los bancos ocultos de un gran seno marítimo. « Este es el estrecho de Magallanes », pensaron los navegantes; y queriendo internarse en aquellas aguas, una tras otra fueron encallando las naos... Juan Sebastian Elcano, aquel Elcano glorioso de la *Victoria*, envió al punto un esquife con Martín Pérez, su pariente, el tesorero Bustamante, el clérigo Areizaga y un artillero Roldán, á reconocer aquella abra. Estos demoraron algunas horas en el reconocimiento que parece alcanzó hasta el paraje de bajas aguas que hoy se conoce por *Kelekaiken*, adentro de la ría de Gallegos, entonces sin nombre. Entre tanto creció la marea y las naos que volvieron á flotar, pusieron

la proa al sud para reconocer las tierras de ese rumbo, pues que el cabo norte de la dicha abra (de *San Ildefonso* y ahora *Fair Weather*) no correspondía á la descripción del de las Once mil Vírgenes.

Cuando los exploradores volvieron al esquife, del que se habían separado para adelantarse por tierra (probablemente hasta el « paso » actual de *Guerr-aiken*) le hallaron en seco, sobre la playa y lejos del canal, teniendo que esperar nueva marea para salir al siguiente día en busca de las naos. Pero cargó tanto el tiempo en aquella noche, lo que hoy ocurre todavía en el mismo mes, muy señalado por los vientos huracanados del SO. y O., que el esquife se anegó y se vieron forzados á quedarse en tierra cuatro días contados, comiendo raíces y mariscos (mejillones). Recuperada la embarcación, al quinto día se fueron á una isla (la de los *Pájaros*) « que estaba en medio del río (hoy más cerca de la costa norte, con la que se comunica en baja marea) y hallaron muchas aves blancas que parecían palomas (gaviotas, muy abundantes todavía) y otras que no podían volar (pengüinos) y que pesaban cada una, sin tripas, ocho libras ». Ya con este abastecimiento, apercibidos que estaban de la partida de las naos, se echaron aguas abajo para salir al océano y ponerse en seguimiento de sus compañeros; pero sólo consiguieron llegar aquel día á la punta hoy de *Loyola*, que se alza apenas á la entrada de la ría. Trataban de continuar el viaje al otro día cuando llegó á su encuentro el pilotín Bartolomé Domínguez, nativo de la Coruña, y cuatro marineros, trayendo una carta de Sebastián Elcano, por la que éste hacía saber á Bustamante que la nao *Sancti Spiritu* se había perdido y que las otras naos estaban ya fondeadas en el estrecho. Agregaba que se incorporara por tierra á su gente. No había, pues, que vacilar, y abandonaron el esquife, los pájaros y cuanto tenían de pesado, y todos se fueron « andando veinte leguas de muy áspero camino, pues aunque el terreno no era de montañas, tenía muy ásperos y cerrados boscajes » (matorrales hoy casi desaparecidos), hasta que llegaron al sitio del naufragio de la *Sancti Spiritu*, el que ocurrió en la noche del 15 de enero de 1826, en las cercanías de punta Dungeness de las cartas modernas, y tal vez en el mismo sitio en que naufragó en 1891 el vapor alemán *Cleopatra*.

Después del descubrimiento del río San Ildefonso ó de los *Gallegos* y del viaje terrestre de Domínguez y Bustamante, la escuadra de Loayza siguió su derrotero hacia la Mar del Sud, hacia la *Es-*

pecería, y por algunos años nadie volvió á internarse en la Patagonia.

En marzo de 1535, Rodrigo de Isla que formaba parte de la expedición marítima de Alcazoba (Simón Sotomayor de), se adelanta con varios compañeros desde la parte norte del golfo de San Jorge, cruza á pie comarcas muy quebradas y sin agua; y á cortos intervalos descubre el río Sénguerr, « hondo, furioso y algo angosto » y el río Chubut « que corre entre peñas, con muchos mimbreros (juncos) en sus orillas ».

En la « Relación de las cosas que sucedieron en la armada de Simón de Alcazoba, escrita por Alonso Vehedor, escribano de Su Majestad » (Colección de Muñoz, XXXVI. — Colección de documentos inéditos relativos á América, publicada por don Luis Torres de Mendoza, 1866) se lee : « Con Rodrigo de Isla Montañez, vecino de Escalona, á la cabeza y mando, empezamos á caminar, entrando en una tierra desierta y despoblada, en donde no hallamos raíces ni cosa ninguna de yerbas, de que nos pudieramos aprovechar para comer; como tampoco leña para quemar. Esta primera tierra tendría quince leguas, y andando, al cabo de dos días plugo á Dios que halláramos una laguna de agua llovida, que luego de beber y cargar de ella, se acabó. En dos días más, habiendo andado unas 10 ó 15 leguas de harto mal camino, topamos unos barrancos muy hondos en los cuales había alguna agua; y una legua adelante topamos con un río caudaloso, de agua dulce, muy hondo, en el cual río hallamos un rancho ó bohío por cubrir, donde prendimos seis indias... Era este río tan hondo, que no se podía vadear por lo que se acordó hacer una balza de leña de sauces que hallamos en el río, y con una cuerda pasó toda la gente... Andando de nuevo 8 ó 9 leguas de camino por tierra tan mala como la primera, y comiendo raíces, llegamos á otro río de muy linda ribera que cortaba por entre dos sierras de mucha leña y sauces muy altos... »

Este viaje atrevido de los españoles que tanto honra á Rodrigo de Isla, hizo conocer por primera vez la parte central de la Patagonia, pues según lo dice el cronista Herrera en su *Historia General*, los exploradores se internaron como noventa leguas, caminando al sudoeste (?) y oeste.

El silencio de la historia, nos hace creer que el siglo xvi (1) llegó

(1) Aunque no fué mediterránea, debemos mencionar también por su importancia y episodios dramáticos, la expedición que hizo Sarmiento de Gamboa, á

á su fin sin que se intentaran nuevos reconocimientos tierra adentro en la Patagonia; y debió ser tan poco favorable el juicio que se formaron en España de la parte austral del Continente, que transcurrió la mitad del siglo xvii sin volverse á hablar para nada de la parte mediterránea de aquellos dominios.

Hacia el año 1663, salió de Chile el padre Nicolás Marcardi á reconocer el país al oriente de la Cordillera de los Andes. Marcardi pasó por el pie del volcán Corcovado, hizo rumbo hacia el sud y descubrió un gran lago situado por los 46° de latitud, según sus propios cálculos.

Su ubicación geográfica, como puede verse en cualquier mapa moderno, corresponde á la del lago Buenos Aires, visitado más tarde por el viajero Carlos M. Moyano. Se le encuentra bastante bien dibujado en la *Geografía del mundo antiguo y moderno*, del doctor Francisco Afferden, publicada en Amberes, año 1725. É figura también en el gran mapa de la América meridional de don Juan de la Cruz Cano y Olmedilla, de 1775 y en el de la misma parte, de la « Colección » de copias de Tardieu, etc., impresa en Barcelona, año 1835, por la librería de Torner. La latitud, mejor la posición geográfica y la forma corresponden casi en absoluto á las del lago Buenos Aires. Como éste, tiene una pequeña isla en medio y un riacho ó emisario que lleva sus aguas á los canales marítimos del Pacífico. Este último detalle es dudoso, pero bien pudiera ser que el Buenos Aires se comunicase con otros lagos de la Cordillera, siendo quizá la fuente más septentrional del río Belgrano, tributario superior del río Chico de Santa Cruz. No estará de más que citemos aquí algunas palabras del marino Moyano, las que hasta cierto punto vienen en apoyo de la supuesta comunicación del lago Buenos Aires con el Pacífico, dato que Tardieu debió tomar de los antiguos mapas españoles. Hallándose nuestro colega en 1880 á la orilla del lago, los indios vaqueanos que le acompañaban le contaron, escribe él, que cinco años antes habían visto una gran humareda hacia el sud, entre las montañas inmediatas, la que provenía de un incendio en los bosques que hay allí, por lo cual habían supuesto que

lo largo del estrecho de Magallanes, desde San Gregorio hasta Puerto Hambre. Aquel viaje, en 1584, fué un desastre para los españoles, y la ciudad Rey Felipe que había fundado Sarmiento, se convirtió en un montón de ruinas.

alguien hubiera cruzado la Cordillera desde los canales del Pacífico.

Por otra parte, ya lo hemos dicho en una monografía del territorio de Santa-Cruz, la presencia de trozos flotantes de caña *coligüe* en el lago San Martín, puede muy bien dar lugar á que se suponga la comunicación de esa hoya con la del Buenos-Aires, pues en las orillas de esta última abunda aquella bambusa que nunca se ha observado al sud del paralelo de 47°.

Además de todos estos datos que casi no dejan duda respecto de la identidad de los dos lagos, hemos hallado otros: el geógrafo Lacroix, en su descripción ya algo antigua de la Patagonia y Tierra del Fuego, dice: « Más allá está la débil corriente llamada río *Desiderado* (Descado) que sale del lago *Coluguape*, situado por los 71° 30' de longitud y los 47° 15' de latitud sud ».

Este mismo lago Coluguape, ó más bien *Colhuguape*, cuyo significado en español es: *isla ó lago de los coligües*, se halla dibujado en el mapa de la América meridional del *Atlas* grande de Kiepert, de 1876. Es una reproducción del dibujo de Tardieu.

Creemos necesario hacer notar, que el nombre *Coluguape* ha sido mal aplicado á una de las secciones de la hoya lacustre del Sénguerr en la gobernación del Chubut. Pretender identificar el lago de Mascardi con el que alimenta el Sénguerr sería un absurdo, pues aquel explorador no pudo ir á parar allí con el rumbo sud que siguió en su viaje desde el pie del volcán Corcovado.

En 1670 volvió Mascardi á la Patagonia oriental en compañía de algunos indios Poyas (Tehuelches del norte) que antes habían sido apresados aquende los Andes por el gobernador de Chiloé, don Juan Verdugo. El resultado, muy importante, de este viaje, fué el descubrimiento del lago Nahuel-Huapí, en cuya ribera boreal estableció Mascardi una capilla para la predicación de los santos Evangelios. Al año siguiente, el intrépido jesuita se internó desde Nahuel-Huapí hacia el SSO., hallando en ese rumbo el mar Pacífico; y en 1672, caminando con rumbo al SE. no paró hasta dar en el cabo de las Vírgenes, desde donde regresó sin haber podido descubrir las fantásticas ciudades de los Césares, que con tanto empeño buscaban los españoles en toda la región oriental de los Andes hasta el estrecho de Magallanes.

Alguien censurará tal vez estas exploraciones de los españoles en busca de aventuras absurdas ó de tesoros remotos, pero hay errores disculpables. Mascardi y los demás padres que siguieron

sus huellas imborrables, no eran ni aventureros, ni adoraban al dios Oro. Serían unos visionarios, unos locos, si se quiere, pero les guiaba ante todo un misticismo nobilísimo á la par del deseo de investigar el más allá de los Andes, velado por las ficciones de la fábula en una época de exageraciones y arrebatos.

Creyendo siempre en aquellas fábulas, el gran explorador de la Patagonia volvió á partir hacia el estrecho en 1673, y halló la muerte el 14 de diciembre : los indios lo mataron á flechazos.

La relación poco conocida de estos viajes famosos, escrita por el padre Rosales, no se ha publicado in-extenso, que sepamos, y los datos que damos aquí pueden comprobarse en la obra de don Guillermo Cox, chileno, titulada *Viaje á las regiones septentrionales de la Patagonia*, Santiago de Chile, 1863.

Como continuadores de la obra admirable del padre Mascardi en la región oriental de los Andes, son dignos de mención los valientes clérigos Felipe de la Laguna, José Guilleemos y Elguea que sostuvieron la Misión de Nahuel-Huapi, en torno de la cual se había agrupado un número erecido de indios Poyas y Aucas, que por algún tiempo se dejaron catequizar y guiar moralmente por los padres, hasta que, cansados de oír predicaciones y consejos que contrariaban sus instintos y costumbres, y tal vez obedeciendo á instigaciones de algunos caciques que creían haber perdido su influencia, dieron muerte cruel á aquellos desinteresados y nobles varones.

Entre los antiguos exploradores de la Patagonia figura también el benemérito padre Cardiel. Sin detenernos á narrar los trabajos que él y sus compañeros Strobl y Quiroga efectuaron en la bahía y alrededores de San Julián, con lo que corrigieron grandes errores ó fantasías de Anson, es indiscutible que Cardiel contribuyó á prepararle el terreno á don Antonio de Viedma, internándose 25 leguas al oeste del mencionado puerto. Las excursiones mediterráneas del padre tuvieron alguna resonancia entre los sabios de Europa, por el hallazgo que hizo de una tumba-montículo de los indios, rodeada de pequeñas banderolas y caballos empalados.

Cardiel y sus compañeros sufrieron muchas penurias y grandes fríos en la noche, y esto á pesar de la estación favorable, que era el verano de 1746.

En la relación general de los viajes de Cardiel (ver la « Colección de documentos » de don Pedro de Angelis) se hace mención de la manera curiosa de viajar del padre. Éste iba á la cabeza de la

gente, apoyándose en un báculo, con la cruz grabada en él, y detrás seguían sus compañeros en número de 34 ó 33, quienes también llevaban báculo; y todos sostenían del cuello un crucifijo de bronce. Las jornadas eran breves y las hacían rezando el rosario y cantando la « Salve ». Un cuadro digno de la pluma de Chateaubriand, dice Angelis.

El padre Falkner, inglés, merece, como sus antecesores, una palabra de recuerdo y de encomio. Este jesuita recorrió una parte extensa de la Patagonia, y entre todos los viajeros que la visitaron durante el siglo XVIII, fué quizá el único que logró preocupar vivamente la atención de la Europa, en razón de sus ideas políticas contrarias á los intereses de España. No nos extenderemos en hablar de este misionero, porque su libro sobre la Patagonia es algo conocido. Apareció en Londres en 1774 y tuvo una edición francesa en 1787.

Falkner, sin quererlo, había hecho ver á la Corte de Madrid el peligro de una ocupación extranjera de la Patagonia, y era natural que se tomasen medidas para conjurar aquella amenaza.

Así, pues, allá por el año de 1778 llegaba á Buenos Aires, procedente de Cádiz, el primer contador de los establecimientos ó colonias casi militares de las costas patagónicas, cuya creación acababa de ser ordenada por el Rey, que con ello pensaba poder prevenir y evitar cualquier avance de los ingleses. Ese modesto funcionario, miembro de una familia que tanto había de ilustrarse por sus servicios á la causa de la civilización de la Patagonia, estaba destinado á levantar una parte del velo de misterios tras del cual aquel país seguía siendo la « tierra encantada de los gigantes y los Césares ». Nadie hasta entonces, después del heroico Mascardi, se había atrevido á internarse en el corazón mismo del desierto, buscando las fuentes de los ríos que se vuelcan en el Atlántico y aquellos valles transversales de los Andes, recorridos por Mascardi, que de un lado miran á la Patagonia y del otro lado llegan hasta las ondas del mar Pacífico de Balboa, que tan poca bonanza ofrece al navegante en las elevadas latitudes de los Chonos y Magallanes.

Don Antonio de Viedma: tal es el nombre del viajero español que el primero entre los europeos salidos del lado del Atlántico, tuvo la alta satisfacción de contemplar la elevada Cordillera en el sud y en ella el paisaje casi decorativo y grandioso del fondo del lago que hoy lleva su nombre ilustre, digno de la pluma de un Plutarco

que supiera aquilatar el alma viril de nuestros antepasados, soldados ó sacerdotes, nobles ó plebeyos, que tanto han honrado á la raza latina con sus proezas asombrosas que evocan el recuerdo de los tiempos mitológicos y heróicos en que los dioses paganos ses-teaban bajo las doradas pomas de Hespéride, en tanto que Jason cruzaba los mares en busca de la famosa Cólquide que pudo ser americana como tal vez lo haya sido el enigmático país de Ophir, covocado de los Fenicios.

Prosigamos la narración.

El viaje memorable de Viedma á las costas orientales de la Patagonia, dió principio en el puerto de Montevideo en 1780. Recaló primero su nave en la bahía de San Julián, después en el puerto de Santa Elena y en la parte sud del golfo de San Jorge; volvió á San Julián y queriendo embocar en el río de Santa-Cruz, el mal tiempo le obligó á retroceder y refugiarse en puerto Deseado, donde, con su buque el bergantín *San Francisco de Paula*, se preparó para pasar el invierno, triste estación de las nieves en una comarca convulsionada y huraña, en la que los expedicionarios fueron presa de terribles enfermedades, tomándose como fatídico pronóstico de males aún mayores, la aparición de un bólido (cometa, dice el texto) que en la noche del 28 de julio iluminó el cielo por la parte sud con resplandores de incendio nunca más vistos.

En enero 24, surgió de nuevo el *San Francisco* en las aguas de San Julián.

¡ Cuántas peripecias y sufrimientos después !

Informado Viedma por los indios Tehuelches del cacique Camelo, de la abundancia de ricas maderas de construcción no lejos de las fuentes del río Santa-Cruz, resolvió enviar una expedición que remontase dicha corriente « hasta la parte de Chile », pues se ignoraba entonces la existencia de la Cordillera en ese punto. El pilotín don José de la Piedra fué designado al efecto y con el ya nombrado bergantín hizo cuanto humamente le fué posible para dar entero cumplimiento á las órdenes de su superior, sin poder lograrlo por la rápida corriente de aquellas aguas, en la estación menos adecuada, ya pasadas las grandes creces de la primavera.

Nosotros, — y hablo también por mis antiguos compañeros el doctor Fenton y el marino señor Fernández González; — nosotros, que hemos remontado á remo y vapor ese mismo río Santa-Cruz hasta el lago de Viedma, batallando cada día contra la rebelde y

artera naturaleza de su régimen, hemos tenido frases de encomio para los españoles y para sus predecesores, los marineros ingleses de la *Beagle*, en 1833.

No obstante las casi invencibles dificultades naturales del Santa-Cruz, el alentado José de la Piedra, consiguió llegar con su bergantín hasta algo más arriba de *Guanaco Hill*, latitud que después no ha sido superada por otro barco de mar, siendo la isla Pavón el punto extremo de la zona que navegara en su tiempo el famoso capitán Piedrabuena con la no menos famosa goleta del mismo nombre del río.

El gran viaje terrestre de Viedma comenzó en octubre ó noviembre de 1782 y terminó en diciembre del mismo año. El distinguido explorador se puso en marcha desde San Julián, en donde había fundado la colonia llamada de *Florida Blanca*, muy bien acompañado por el cacique Camelo y sus mocetones, fieles servidores y mejores guías.

De alojamiento en alojamiento, lo que vale decir: de aguada en aguada, marchando sin mayores fatigas á la manera de los indios, fué observando Viedma todo el país, haciendo prolijas anotaciones de los abastecimientos, de las plantas, de los minerales y muy particularmente de los usos y costumbres de los indios de su comitiva. Después de cruzado el bajo-hondo enorme de San Julián, que los Tehuelches llaman por extensión *Luenchaenk*, llegó Viedma, al río Grande de Santa-Cruz; alojó después á orilla del *Chalia* ó *Shehuen*, y continuando por él llegó el viajero al borde de un lago entonces desconocido. ¡Cómo debió regocijarse al contemplarlo! El *Chalte!*, la montaña ignívoma intermitente, de aquella latitud, que hoy llamamos Fitz-Roy y cuya cúspide excelsa se eleva á la altura de 7000 pies, fué vista por los españoles que no se imaginaron hallarse delante de un volcán en actividad, aunque entonces en un periodo de reposo, muchas veces turbado después, en nuestro siglo, por grandes erupciones que los viejos y jóvenes Tehuelches recuerdan con temor y con cuyo fenómeno se relacionan las lluvias recientes de cenizas observadas en toda la Patagonia austral (1).

Si Viedma hubiera tenido más elementos de movilidad propios (sólo disponía de 15 caballos para él y sus compañeros españoles) — él mismo lo dice en la relación de su viaje, publicada por don Pedro de Angelis — le habría sido muy fácil explorar la región an-

(1) Véase mi « Viaje á los Andes australes ». — Buenos Aires, 1896.

dina al sud del paralelo de 49°, y el lago Argentino descubierto en 1867 por el minero inglés J. H. Gardiner, tendría una historia más antigua.

Sin embargo, los resultados obtenidos por Viedma con el auxilio poderoso de los Tehuelches de Camelo, bastan para el brillo de su nombre, pudiendo decirse que él ha sido el primer viajero en dar á conocer con exactitud la vida moral de los Tehuelches y sus usos y extrañas costumbres, que ha descrito con frase sencilla pero que revela un gran talento de observación, sin anbigüedades ni fantasías teológicas.

Al mismo tiempo que Viedma exploraba la Patagonia meridional, don Basilio Villarino, distinguido piloto de la real Armada, se dirigía hacia la misma Cordillera de los Andes en busca de una comunicación interoceánica imaginaria. La historia de ese viaje importantísimo forma parte de la *Colección* de obras y documentos de don Pedro de Angelis, ya citada, que desgraciadamente es poco conocida de los escritores en general.

En octubre de 1782 dió principio Villarino á la navegación y reconocimiento del río Negro ó de los Sauces, como se le llamara antes, y después de muchos trabajos y miseria que pusieron á prueba el temple de alma del navegante, surgía éste con su chalupa en la confluencia de los ríos Neuquen y Limay. Siguió después ascendiendo la última corriente, unas veces á remo, otras sirgando las embarcaciones, siempre combatiendo con la dura naturaleza y el régimen torrencial del río que parecía burlarse de sus esfuerzos varoniles é inteligentes. Hacia mediados de febrero de 1783, descubrió Villarino el río Cataputiche ó Collon-Curá (máscara de piedra, en araucano) corriente que bajó del noroeste y que él creyó que fuese el río principal, dándole una importancia secundaria al Limay ó « de la Encarnación ». No obstante, el poderoso emisario del lago Nahuel-Huapí fué reconocido algunas millas más adelante; y al regresar Villarino á la costa del Atlántico, pudo decir que llevaba en su Diario de viaje los elementos necesarios para describir científicamente la hidrografía de aquellas regiones, antes desconocidas ó apenas bosquejadas mediante los informes confusos, maliciosos ó disparatados de los indios Araucanos que ya habían iniciado sus malones á los campos de Buenos-Aires y el vandálico comercio de ganados con nuestros buenos amigos de Chile.

Aquí termina, señores, nuestra breve exposición de los primeros viajes efectuados á través del país de las Patagones y de los Césa-

res. En el siglo actual, la Patagonia ha sido explorada por Fitz-Roy y Darwin, y Musters, por los argentinos que conoceis y que esta distinguida Sociedad ha ayudado, y también por los chilenos Cox y Rogers ; pero el esfuerzo mayor ha sido hecho por los de acá, continuándose así la obra de Mascardi y de Viedma, que es la obra de la noble raza latina.

He dicho.

RAMÓN LISTA.

NOTA : Véase el plano itinerario de este trabajo, titulado : « La Patagonia à fines del siglo XVIII ».

